

Ten, Señor, misericordia de mí, porque estoy sin fuerzas; sáname, Oh Señor, porque hasta mis huesos se han estremecido. Salmo IV, Nuevo Testamento.

LA AVENIDA MEXICO, el smog, las fachadas de las casas hechas por docenas, iguales y grises y sucias, te conducen a La Floral, en La Victoria, en Yerbateros, a dos cuadras de México y Nicolás Ayllón.

El barro putrefacto formado por los desagües de los callejones converge en el centro de la pista, dando entrada al escenario. El olor hierde al olfato y ante la vista se revuelve la dignidad. Allí, los cuerpos gastados por cuatro décadas de darle y darle a la prostitución sólo valen cien mil intis. Hasta cincuenta, regateados, si el hambre aprieta las tripas.

Los homosexuales, sorprendidos por la visita, se asoman por los marcos de sus puertas: la Hermana Carmela ha regresado. Los pequeños la abrazan, la besan, la llaman. Todos sonríen al mirar sus ojos transparentes, que miran más allá de lo banal. Mirada que te llena el alma, con fuerza de iluminada. Torbellino, torbellino a las conciencias, Su bendición, su bendición hermana.

La hermana Carmela Rodríguez pertenece a la Congregación del Buen Pastor, y por años ha venido realizando su labor pastoral con los travestis de La Floral.

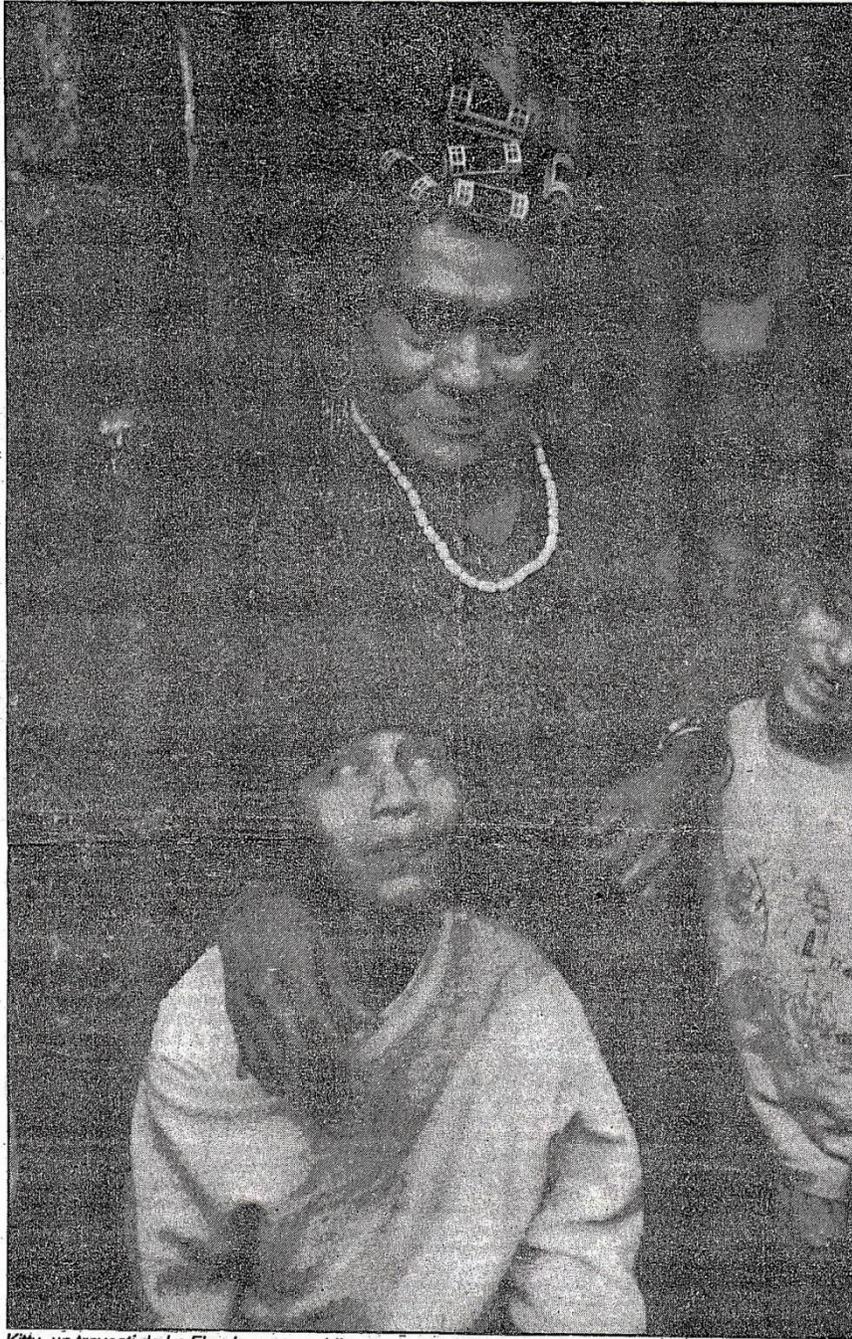
Los fumones no se inmutan, prostrados en su celestial viaje. Hay muchos niños correteando entre los sombríos habitantes del lugar. Hijos de padres desconocidos y madres prostitutas. Niños abandonados y recogidos por travestis, quienes han cuidado todos estos años su alimentación y estudios, con el fruto de su trabajo. Carifto, extrafio carifto de una madre-padre.

A uno de los callejones lo cubre un techo de ropa tendida. Es muy estrecho, las paredes casi se pegan dejando espacio para el tránsito de dos personas. Fuera del triste callejón, todo luce gris, en una tarde que cae sin sol. Al fondo, una puerta está abierta. Brillan las débiles sonrisas, la ropa de raso verde con brillantes incrustados, todo un lujo. Como música de fondo, un vals. Dentro de la habitación, dos travestis, como señoras sentadas en un salón de peluquería, conversan sobre tintes para el cabello, modelos de peinados, el último grito, las siliconas. Siliconas para abultar los pechos y las caderas. Se pintan las uñas, se rizan el pelo mirándose al espejo y, entre chisme y chisme, se depilan los pelos de la barba. Los niños, mientras, ayudan con las tareas de la casa, pero cocinar no, «eso es para mujeres, de eso se encaga la mamá».

No hay asistentes sociales que los visiten, porque en este país gozamos de esa extraña libertad: criar como nos plazca y a quien nos plazca. Los niños tienen, en consecuencia, los valores distorsionados. Aprenden lo que ven y escuchan. Por lo general son tímidos, afeminados y malcriados, con un futuro previsible. Y las adolescentes, desde pequeñas, se van perdiendo por ahí, entre callejón y callejón, de puerta en puerta.

Cuando cae la noche La Floral se viste de lujuria. Se abren entonces las puertas y comienza la función.

LA MARILYN sale de su callejón y se funde con Carmela en un largo abrazo. Este carifto es el fruto de cinco años de labor pastoral



Kitty, un travesti de La Floral, con sus «hijos», recogidos de la calle.

Sor Carmela ayuda a marginados de Yerbateros

# Un ANGEL en el infierno de La Floral

↳ Verónica Sáenz / Fotos: Sengo Pérez

que comenzó una mañana del año 84.

Marilyn tiene la cara ligeramente maquillada y sus ojos empozados por una eterna lágrima. Sus labios están resecos con una línea verde de comisura a comisura. «Hermana Carmela», le dice y sonríe con una risa entreverada en llanto. Marilyn, un homosexual, llegó hace más de treinta años, cuando las prostitutas abandonaban La Floral para mudarse al Trocadero. Escapó de su casa en Arequipa, a los trece años. Su padre no podía aceptar que su hijo fuera homosexual, y quería corregirlo a lo macho, a punta de patadas. «El quería que yo fuera futbolista, qué asco, no me gustaba esa cosa, esa bola, y los zapatos chimpanyes y los calzoncillos, no, y como mi hermana tenía tres mufecas, a mí me gustaban. Yo les hacía vestiditos, hasta que ella me acusó. De allá me vine para acá». A su casa de La Floral no podemos entrar. Nos dice que unos patas están fumando pasta en su cuarto. 46 años y varios intentos de recuperación que terminaron en el mismo hueco, en el mismo vicio y en las mismas lágrimas de siempre. Esas lágrimas que caen de sus ojos enrojecidos y ruedan por su pose falsamente femenina para suplicarle a la mujer que a todos les ha devuelto la fé: «Hermana Carmela, no se vaya, usted no ha terminado su trabajo, su obra. Aquí hace falta usted, nos hace falta su paciencia, su carifto».

LA CARMELA RODRIGUEZ, arequipeña, de la Congregación del Buen Pastor, se dirigió una mañana de 1984 al pauperizado cerro El Pino, con la misión de ayudar a los más pobres. En el camino se topó con La Floral. «Cuando ví aquel enjambre de homosexuales, prostitutas, travestis, drogadictos y ladrones que robaban y salían corriendo, decidí quedarme a trabajar en este lugar». Y allí se quedó con los más despreciados, los marginados a quienes nadie tiende una mano.

«Cuando llegamos a La Floral vimos que todos se escondían. Después nos explicaron que al vernos con hábito se sentían indignos de saludarnos. Pensaban que los íbamos a despreciar, se sentían pecadores al lado de nosotras. Una tarde me quité el hábito para meternos al corralón donde viven los homosexuales. Tuvimos el tino de acercarnos a ellos y preguntarles su nombre. Al principio no sabían que decir, se sentían incómodos. Nosotras insistimos y ellas se fueron soltando y presentando como el nombre que habían elegido para su condición de mujer. Vicky, Doris, Sarita, Marilyn. Con ellas comenzamos nuestra labor».

La hermana Carmela no intentó persuadirlos de abandonar su homosexualidad. Las consideró desde un principio como mujeres, con sus ropas y modales femeninos. «Fue una lenta y ardua tarea donde me guiaba por mi instinto. Yo quería que se sintieran personas y que aceptaran que alguien los podía buscar desinteresadamente. Ese acercamiento me ha llevado dos años, hasta lograr que entiendan que la amistad es posible y que se les puede querer y apreciar en su realidad de homosexuales».

El producto de su esfuerzo fue lograr una mayor solidaridad y autoestima entre los miembros de la comunidad de la Virgen de la





Lúgubre y sin asfaltar avenida La Floral. Marilyn, homosexual, expandiéndose del poste.

Puerta, patrona de los homosexuales, y que está en una casa de devoción. Antes, cada cual hacía su vida sin importarle el prójimo. Hoy, si alguno se enferma, entre todos lo cuidan y compran las medicinas.

La hermana Carmela ha regresado para despedirse. Una nueva misión le espera en Huancayo, en la Comisión Arquidiocesana de Acción Social. En su lugar, quedan las hermanas Ursula y Albina, de la misma congregación, quienes continuarán la labor, con nuevas energías e ilusiones. Carmela camina ahora dando su adiós a sus peculiares amigos de La Floral. Tomándole las manos a Marilyn, le dice: «Acompáñame, vamos a buscar a Zulmita».

**ZULMA ESTABA OCUPADA** atendiendo un negocio a puertas cerradas, en su cuarto del callejón Acapulco. Allí, antes funcionaba el prostíbulo de la china Minpao, mudado hoy a mejores barrios, donde el vicio no malogre la clientela. En otros tiempos Zulma fue un travesti extravagante, demasiado elegante en su forma de vestir, casi ajeno al barrio. Le decían La Pituca. Siempre fue una persona reservada. La frecuentan ahora sólo un par de amigos, los otros son clientes de la droga. Zulma sale de su cuarto, cerrando la puerta cuidadosamente. La única joya que le queda es una perla de fantasía que siempre lleva en su oreja izquierda. Y las pulseras y anillos de plata que tintinean al andar. Su tez morena luce pálida y amarilla, consumida por el SIDA. Pone una cara dulce, debe sentirse cerca de los ángeles ante la presencia de la religiosa, a quien con un ademán le dice: «Ay, hermana, estoy mal». Las lenguas cuentan que en una borrachera, Zulmita dijo «Yo no me friego solito, conmigo se friega todo el mundo», amenazando propagar el SIDA entre su gente.

«Ay hermana, no se vaya», dice Zulma con tristeza. Marilyn le toma las manos. Las cuatro manos sucias se entrelazan. Ella le acaricia el rostro y mirándola a los ojos con cariño le dice: «Zulma, yo te voy a ayudar». «Acá hay testigos, te tomo la palabra», finaliza Carmela, sonriendo siempre, sonriendo.

La Kitty escucha bulla y abre la puerta de su casa. «¿Cómo le va a la Kitty con sus hijos?», le pregunta la hermana Carmela. Llega el mendigo, Angel Pastorelli, hombre de pocas palabras. Parece un santo, un sabio errante por el monte Sinaí. Sus ropas color café franciscano están raídas. Camina pausadamente, sostenido por un palo de escoba que usa como bastón. El también quiere estar en la foto. Pega su cara contra Carmela y mirando al cielo espera el click que lo eternice. Marilyn hace uso de su labilidad emocional, del llanto a la risa, se pone a cantar. Primero el porompompon, ay porrompero, perón, chasqueando palmas; luego aclara la voz y entona «...y hoy que me encuentro triste y sola, ya nada me conforma». Antes de salir Amalia, fumona y prostituta, le ruega a la hermana que se la lleve de aquel lugar. Amalia dejó a sus cuatro hijos por la droga. Ahora, postrada en el callejón, pide a gritos ayuda, salir del vicio maldito, de la pasta básica que la tiene atrapada.

«Ayúdeme, señorita, a conseguir algún lugar donde me internen». Cuenta que ayer lavó ropa

toda la mañana, en casa de una señora, a cambio del almuerzo. Hoy sólo comió un pan, tenía ganas de comer un pescadito, de esos que vende un chiquillo en una carretilla, a dos cuadras de La Floral. Pero plata no tenía, pensaba comer y luego salir corriendo. Lo pensó bien: «Cómo le voy a hacer eso a una criaturita que trabaja para el pan del día, en todo caso lo haría a las grandes tiendas, ellos tienen billete».

Afuera del callejón comienza el movimiento, un pase de pacos de pasta se realiza en un abrir y cerrar de ojos. Se prenden un par de focos en la calle, la iluminación mortecina y el frío hacen tiritar el cuerpo.

«YO SOY EL BUEN PASTOR y doy la vida por mis ovejas». Las hermanas del Buen Pastor mentaron interarlos repetidas veces en centros especializados para drogadictos, como Naña o Zapallal.

La respuesta siempre fue negativa por parte de los directores, no los recibían por ser homosexuales. El sueño para ellas, casi una utopía, es poder construir uno para los travestis drogadictos, entendiendo que el problema inmediato que hay resolver es el consumo de la pasta básica. Falta, como siempre, ayuda económica y profesional. Entonces decidieron realizar una experiencia con aquellos que tuvieran la intención de recuperarse. Zulma, Marilyn y Kelly se mudaron al departamento de un edificio cercano donde hoy tienen semanalmente sus reuniones, y donde está la Virgen de la Puerta, alejándolas de este modo de la droga y de la clientela que busca sus cuerpos acabados. Comenzaron por hacer comida para venderla, alentadas por la hermana Carmela y el padre Italo Scocia, de la parroquia Nuestra Señora del Camino. El humilde negocio prosperó un tiempo, muy po-

co, para ser precisos. Ellas volvieron a caer en la droga y otra vez a La Floral.

La hermana Carmela agrega con tristeza: «Nos faltó la ayuda psicológica. Nuestra buena voluntad no bastó, tenemos que capacitarnos más. Necesitamos apoyo de gente especializada. No hay psicólogos que quieran colaborar con los homosexuales porque ante todo, ellos los consideran como enfermos y lo primero que quieren hacer es cambiar al homosexual, con lo cual nosotros diferimos, partimos de puntos de vista totalmente distintos».

Luego de la fallida experiencia Marilyn logró, con el fin de recuperarse, que la internaran en el Convento de las Dominicas. Ella nos cuenta: «Claro, yo disimulaba y ponía una voz así, bien de macho y me había puesto una faja en los pechos para que no se notaran, entonces la Madre Superiora no me dejaba conversar con nadie,

porque allí iban las estudiantes. Yo me sentía muy sola, muy sola; así que un día le dije: yo soy lo que soy. Desde entonces la cosa cambió, ya no fue igual».

Las hermanas del Buen Pastor intentaron hacer talleres de floraría, repostería, juguetería, tejidos, macramé, todo lo que ellas pedían. Pero no perseveraban, regresaban siempre a la prostitución, diciendo: «Hermana, no tenemos otra forma de trabajar». Otra vez comenzaba el trabajo de cero. «No es que les guste su trabajo, nos dice Carmela, el problema es que ellos nunca han probado otra cosa y no saben para qué sirven, creen que, como los animalitos, sólo sirven para lo sexual». Su máxima aspiración es ser mujeres y únicamente les interesa mirarse al espejo y conversar temas banales. De ahí se entiende su amor por los niños, su maternidad.

**LORENA, UNA RUBIA** con barriga prominente, un travesti, vive con su pareja, Manuel, un chico de escasos veinte años que podría ser su hijo. Luego de tres años de convivencia, la pareja continúa, con el consentimiento de sus padres, distinguidos profesionales limeños. A pesar de pensar y pensar, de darle vuelta al asunto, Carmela no logra entender el móvil de la relación. «Pienso que los chicos que buscan a los travestis tienen alguna limitación, alguna deficiencia, son impotentes o como que les es más fácil buscar a uno de ellos que a una chica. No creo que ellos se enamoren, solamente se llegan a acostumbrar a la relación».

En una breve conversación, la hermana Ursula nos cuenta que cada martes dan la lectura a su pasaje preferido, *El hijo pródigo*. «Ellos ven que caen en el pecado y luego Dios los anima, los ayuda, los perdona, de esta forma ellas tratan de ser mejores». Quedamos con ellas para vernos el martes a las ocho de la noche. Los miembros de la Congregación de la Virgen de la Puerta se reunirán para darles el último adiós a su hermana Carmela.



Marilyn consuela a Zulma, un travesti con Sida. Viven en La Floral.

## REPORTAJE



El mendigo Angel Pastorelli, personaje insólito del barrio.



La Hermana Carmela llega a La Floral. La ve llegar Sarita, un homosexual.



La Hermana Carmela, a la derecha, sin hábito, con Sarita y una prostituta en el callejón Acapulco.

**LA VIRGEN DE PUERTA.** La mami Rosa se llamaba, en realidad, Antonio Ramos. El era uno de los homosexuales más antiguos de La Floral. Según cuentan los antiguos, el traje de su paso por Otuzco la devoción por la Virgen de la Puerta, patrona de los homosexuales. A partir de ese momento y hasta estos días, ellos tienen pegada tras la puerta la estampita de la Virgen, para que los proteja en sus trabajos.

Tal era la devoción de la Mami Rosa, que hasta sus setenta años le seguía bordando los mantos a la Virgen, imagen que guardaba en su casa dentro de una urna. Con sus trabajos, -la prostitución, alquiler de cuartos y venta de pasta-, compraba el material con el cual bordaba, a pesar de faltarle el dedo índice de su mano derecha. La mami Rosa pasaba horas como Penélope, bordándole a la Virgen sus mantos, sobre la pequeña mesita, en medio del comedor. Con los ingresos de su trabajo ahorraba, además, el dinero para alquilar una banda musical que lo acompañase, el 15 de diciembre de cada año, solito, en procesión, cargando en andas a la Virgen de la Puerta. Partía de La Floral, caminaba por México y luego retornaba.

A fines de Noviembre de 1989, faltando pocos días para el festejo, su puerta no se abrió más. A los cuatro o cinco días los vecinos comenzaron a sentir un fuerte olor en los dominios de la Mami Rosa.

Las hermanas del Buen Pastor acudieron al llamado y al abrir la puerta la encontraron estrangulada, cubierta con una manta sobre su cama. Todas sus cosas estaban revueltas cuando llegó la policía. Se presume que un drogadicto la mató.

Esta devoción está lejos de ser un rito cristiano. Es devoción mezclada con superstición. La Virgen de la Puerta ahora está en el lugar que utilizan para sus reuniones con las religiosas, y acuden ante ella para bendecir sus estampitas, ponerle flores y velas. Le hacen su misa para que Dios no las castigue, por sus perseverantes pecados.

**AL SUBIR** por la escalera escuchamos un coro celestial. El acordeón sonaba más fuerte al avanzar las gradas. La hermana Carmela lo tocaba y cantaba con entusiasmo. Frente a ella, frente a nosotros, por todo el perimetro, los travestis cantaban, cambiando con gran facilidad de soprano a barítono, la canción de bienvenida. A un costado, la Virgen con diez velas prendidas, y a su lado el altar y tras él, el padre Italo Scoccia.

«Qué viva, qué viva Chabuca», y Chabuca se levantó como una escolar de su silla, con las manos cruzadas sobre su sexo, dulcificó el rostro y sonrió a los demás miembros de la comunidad homosexual. La hermana Carmela fue saludando uno a uno, hasta que todos estuvieran presentes y reunidos.

Comenzó la misa, una breve misa, especial, en comunión. Marilí, un travesti de rostro achinado, pelo largo y vaqueros, da lectura al evangelio. Se pone de pie y entona un versículo. Su pareja, macho bruto con labios al rouge, tiene la cabeza levemente inclinada. Dos pesados pendientes cuelgan de sus orejas. Sobre la piel grasosa de la frente le cuelga un flequillo negro. A Marilí le cuesta leer, entonces su pareja le sopla en un susurro. Lorena pide perdón «por no haber visitado a la Vicky, que está internada en el hospital»,

perdón por sus pecados, por su ingratitud, por sus olvidos.

La Susanita tiene el pelo teñido de rubio, y la piel blanca, blanquísima, y unos dientes de conejo que sobresalen de su boca. Es muy tímida, mueve los ojos incesantemente con la cabeza gacha, sentada, como todas, en silencio. Sobre su falda acebrada sostiene una bolsa de condones Sultán, para prevenir el SIDA. Sus blancas piernas están cubiertas por unas pantys negras caladas que terminan en zapatitos de charol. Susanita da las gracias por tenerlas a todas reunidas, esta noche tan especial, por la presencia de la Hermana Carmela. Carmela también da las gracias porque Dios quiso que ella estuviera allí, con sus amigas, esta noche. Pide por sus hermanos detenidos y desaparecidos en Huancayo. Antes de la comunión, un miembro de la comunidad se levanta y camina con pasos cortitos hacia la Virgen y le ofrece con sus manos una simbólica sandalia pintada sobre un papel, que representa a los hermanos misioneros. Otro homosexual se le acerca, e inclinándose ligeramente, le ofrece sus manos, las manos con que hay que conseguir el pan de cada día.

En una de las cuatro esquinas la Flora no se inmota, como petrificada en su silla, mira y piensa. Su peinado consiste en un gran rulo sobre la frente, del ancho de una botella. No faltan los pendientes grandes, tampoco la boca pintada, ni las pestañas negras y pasotas. Desparamada sobre la silla, asoman bajo su falda negra sus nalgas con ligas ajustadas. La Flora piensa y mira.

A la hora de la comunión pocos son los que reciben las hostias. Eso de hipócritas no va con ellos: «A Dios no le gustan las medias tintas».

Paz y bendición y que comience la fiesta. Se sirve arroz con pollo preparado especialmente para la ocasión y unos cortitos de vino moscato. ¿Quién trajo la música? La música comenzó a sonar. Desde una radio pequeñita pugnan por salir las notas de una chicha de moda. Los homosexuales forman una ronda y nos invitan a unirnos, a nosotros y a las religiosas. La madre Ursula se anima y luego Carmela. Hábitos y faldas y zapatos con tacón. La ronda se deshace al sonar una salsa tropical. A mover las caderas, Hermana no se vaya, baile conmigo esta pieza. Susana toma las manos de Carmela y ensayan unos pasitos de baile que terminan en la amable risa de la Hermana. Se hace tarde, la reunión termina, Dios los bendiga a todos, hijos míos.

**LOS HOMOSEXUALES** que trabajan en La Floral ya están muy viejos para ir a la avenida Javier Prado. Para allá van los de los pueblos jóvenes Valdivieso y 7 de Octubre. La Floral es un mundo aparte, a donde llegan viejos conocidos, misios, como siempre.

Habrà gente interesada en ayudarlos, como las hermanas del Buen Pastor. ¿Irán psicólogos a trabajar con esta particular comunidad? ¿Llegarán a ellos, grupo de alto riesgo, los mensajes de prevención del SIDA del Ministerio de Salud? ¿O caerá sobre La Floral una lluvia de azufre y de fuego, como modernas Sodoma y Gomorra?».

«Oyeme luego, oh Señor: mi espíritu ha desfallecido. No retires de mí tu rostro; para que no haya ya de contarme entre los muertos». Salmo XXXVII, Nuevo Testamento.